

*Una conferencia magistral dictó el escritor y diplomático chileno **Jorge Edwards**, Premio Cervantes de Literatura 1999, durante el almuerzo oficial de la Reunión Semestral de la SIP en Cartagena, Colombia, el 17 de marzo de 2007.*

Jorge Edwards

Ustedes saben que las presentaciones siempre son amables y yo considero que una charla, no de sobremesa sino de pimesa, también tiene que ser una charla amable. El problema es que me han colocado como tema a dos personajes que no aparecen tan amables en la historia contemporánea: Fidel Castro y Augusto Pinochet.

Esto tiene otra dificultad: es muy difícil ser políticamente correcto hablando de Fidel Castro y de Pinochet porque si uno dice algo malo de Castro ya está condenado, y si uno dice algo bueno de Pinochet también está condenado. Así es tengo una misión completamente imposible.

El otro tema también difícil: mucha gente piensa que hablar hoy de dictadores está pasado de moda y sin embargo yo aquí realmente estoy convencido de que es un tema muy actual. A cada rato se escriben libros sobre dictadores del presente y del pasado. La última novela de Norman Mailer es sobre la infancia y la juventud de Adolfo Hitler, de apasionante lectura. Estos libros van a seguir apareciendo porque el temor de la vuelta de una dictadura, que se puede entronizar de maneras muy diferentes en una sociedad, es un temor real.

También hay un lugar común, que es la idea de que todas las dictaduras son iguales en definitiva. Creo que las dictaduras pueden ser muy diferentes, pueden tener --casi siempre tienen-- propósitos contradictorios, muy opuestos, pero también tienen algunos puntos en común que son bastante interesantes y bastante reveladores. Porque las dictaduras son muy diferentes en sus fines pero son muy parecidas en sus métodos, en sus medios, y tienen algunas características en común en este aspecto que no deja de ser significativo mencionar.

Por ejemplo, hay algo característico en todos los dictadores, y es que la política de la dictadura siempre es de confrontación y siempre, o se concentra en un enemigo o inventa a un enemigo. Nunca es una política de colaboración o de consenso.

Este es un primer punto para mí muy claro. Y en seguida la dictadura siempre organiza muy bien, por encima de cualquier otra cosa y cualquiera que sea su ideología, el sistema de la seguridad del Estado, es decir, el sistema de la policía política y de la represión política.

Cuando estuve en misión en La Habana, finales de los 70, siempre pensé aquí nada funciona con excepción de la policía. Era una comprobación asombrosa y muy interesante. La policía era de una enorme eficacia y estaba en todas partes, pero las panaderías, por ejemplo, no funcionaban, el transporte no funcionaba, etcétera.

Después agregaría otra cosa que nos toca muy directamente. Toda dictadura desconfía profundamente del intelectual y toda dictadura establece una censura. De manera que cuando se empieza a hablar de censura o de cerrar un canal de prensa o una radio en un país, hay que pensar inmediatamente que eso es la preparación de una dictadura.

Es curiosa la desconfianza de los intelectuales en estos dos personajes tan opuestos que son Castro y Pinochet. Me pareció muy notorio cuando estuve en La Habana y también muy notorio siguiendo el personaje de Pinochet desde mi rincón, durante muchos años en Chile, que los dos eran pseudo-intelectuales. Porque una vez le dije a un intelectual chileno muy astuto y conocedor de cosas, "Oye, Pinochet es un analfabeto total" y me dijo, "No, no es un analfabeto total, es un hombre que lee, por ejemplo, y es un hombre que tiene biblioteca. No todo el mundo tiene biblioteca".

Entonces pensé, claro, yo conocí una de las bibliotecas de Fidel Castro en una cabaña donde él tenía una especie de pequeña granja experimental agrícola. Y lo que observé ahí es que Castro sólo tenía libros de información científica o de viajes; sobre moluscos, sobre peces, sobre

ballenas, sobre pájaros, sobre volcanes y no tenía literatura.

Alguien me contó que tuvo que hacer hace poco el inventario en un proceso judicial de la biblioteca de Pinochet, y la biblioteca de Pinochet, que es bastante abundante, sólo tiene libros de historia militar o relacionados con historia militar. Y conocí a un librero de Montevideo que me dijo, "Pinochet fue un gran cliente mío pero sólo compraba mapas, papeles relacionados con historia militar".

El intelectualismo de Pinochet lo llevó como coronel del ejército, antes de ser el jefe del Estado, a escribir un grueso volumen sobre una de las campañas militares de la Guerra del Pacífico del Siglo XIX, Chile contra Perú y Bolivia. Entonces mucha gente decía, "Esto no lo pudo escribir él, esto se lo escribieron". Y un amigo me dijo, "Mira, conociendo los sueldos de un coronel de ejército en esos años se puede sostener lo siguiente: el coronel no tiene quien le escriba".

Brevemente voy a contar lo que yo llegué a captar y a ver en la formación de estas dos personas.

Cuando uno estudia --como lo ha hecho Mailer a propósito de Hitler, pero Mailer en una forma a mi juicio un poco mitológica o mitómana, viendo a Hitler como una encarnación del Demonio o cosa así--, cuando uno estudia la formación de estos personajes entiende cosas. Por ejemplo, el padre de Fidel era un soldado de las fuerzas enviadas por España a Cuba, derrotado en la guerra del 98. Y entonces hace pensar que para Fidel desde niño el gran enemigo era Estados Unidos y los débiles eran los hispanos aplastados por la bota norteamericana. Así que esa visión de Fidel impresa en la infancia es muy difícil que haya desaparecido después.

Se podrían agregar muchas cosas sobre la juventud de Fidel y la universitaria, que es bastante sospechosa. Algunos piensan que fue un pistolero universitario. No hay pruebas concluyentes pero hay algo de aventura violenta en toda esa juventud. Y en seguida hay otro elemento muy claro: Fidel se siente llamado a salvar a Cuba de la corrupción, de la dictadura, del atraso, y se considera el seguidor directo de José Martí, a quien se le decía El Apóstol, y Fidel en su texto lo llama con frecuencia El Apóstol. Y cuando el movimiento fidelista, el Movimiento 26 de Julio, fue diezmado, en un momento quedaron doce personas importantes vivas y se decía Los Doce Apóstoles. Así que hay un cierto mesianismo político en el joven Fidel Castro.

En cambio, Pinochet es un personaje totalmente gris. De Pinochet se empieza a hablar después del 11 de septiembre de 1973, pero antes no lo conoce nadie. Yo recibí a muchos agregados militares cuando fui diplomático en París, pero nunca oí hablar una palabra de Pinochet. Es decir, Pinochet es un personaje que se encontró allí, le tocó estar allí y una vez que estuvo allí actuó como actuó. Es posible que otros generales hubieran actuado en forma bastante parecida, es posible que hubieran actuado con menos dureza y con menos brutalidad, porque yo creo que en ese aspecto Pinochet era evidentemente de una violencia excesiva. Yo pienso que Pinochet es un hombre miedoso y fue el último general que adhirió a la idea del golpe de Estado porque tenía miedo. Entonces cuando ya estuvo en el poder, él quiso liquidar a su enemigo de una manera brutal, sin la menor concesión. Su represión brutal fue un producto de su notable debilidad psicológica y humana frente al tema del enemigo que él acosaba y agobiaba.

Todas las cartas, todas las notas, todas las conversaciones que se conocen de él en ese periodo de represión indican siempre lo mismo, que él considera que su enemigo es muy fuerte y hay que ser muy cuidadoso.

Ahora, lo curioso de Pinochet como personaje y la diferencia también de Fidel es algo muy interesante: Fidel es un guerrillero, es un aventurero, etcétera, pero nunca es un militar y cada vez que actúa como militar actúa con bastante torpeza. Sus batallas en la Sierra Maestra, que son un poco ampliadas y digamos engrandecidas y embellecidas, no son tales, son muy mediocres. En cambio Pinochet, fíjense ustedes que a fines del año 1931 los militares en Chile no podían andar de uniforme por la calle porque les tiraban piedras o les tiraban tomates o los agredían, porque acababa de terminar una dictadura militar, la dictadura el general Carlos Ibáñez del Campo, que algunos consideran que fue una dictablanda, cosa que es relativa, tuvo muchos aspectos de verdadera dictadura. Bueno, en ese momento, cuando el desprestigio de la carrera

militar es enorme en Chile, Pinochet llega y se inscribe como alumno de la Escuela Militar. Es militar, dedica su vida a leer historias militares, es un hombre siempre de cuartel, de infantería digamos, y finalmente es un escritor de historias militares.

Hay una diferencia bastante notoria. Pero yo creo además que los verdaderos militares saben lo que es la guerra y le tienen miedo a la guerra. Entonces Fidel no sabe lo que es una verdadera guerra y vive provocando al mundo internacional y manda tropas a todas partes. Manda tropas a Colombia o Angola o a donde sea. En cambio, Pinochet hace una guerra interna cruelísima, durísima, pero tiene mucho respeto de una verdadera guerra y cuando se produce el conflicto con Argentina hace un descubrimiento interesante con ayuda de viejos diplomáticos chilenos, que es la mediación papal que evita la guerra.

Así es que mientras Fidel provoca la guerra, Pinochet es muy prudente, es muy cauteloso, lo que hace pensar que a lo mejor un gobernante miedoso es más práctico para un país que un gobernante demasiado audaz.

Con respecto a la relación de Fidel con la guerra, que es tan importante y que en cierto modo la hereda Hugo Chávez en este momento con su desafío permanente a Estados Unidos, les puedo contar una conversación de mi primera noche en La Habana, en diciembre de 1970, cuando llegué a asumir mi funciones como Encargado de Negocios chileno. De repente me dijeron que vamos a hacer una entrevista. Eran las dos de la mañana y yo venía viajando desde Santiago de Chile hasta Lima, de Lima a México y después de México a La Habana y en los aviones de ese tiempo. Entonces yo le dije a la persona, "Oye, ¿no crees tú que es un poco tarde para una entrevista?" Y me dijeron, "No, no, no" y me llevaron al diario Granma, a una sala de redacción y me sentaron. Había diez periodistas alrededor de la mesa y los periodistas sonreían, me preguntaron por el estado del tiempo en México, cómo había sido mi viaje. Yo pensaba ¿cuándo comenzará esta maldita entrevista? Pero de repente se abrió una puerta, al lado de esa sala, y entró Fidel, y encontró un asiento libre que estaba al lado mío.

En una larga conversación, Fidel me dijo, "Si ustedes tienen problema", quizás me querría decir "si ustedes son invadidos por Estados Unidos" o una cosa de este tipo. "Si ustedes tienen problema pídanme ayuda a mí, porque nosotros seremos malos para producir pero para pelear sí que somos buenos". Yo siempre he recordado esa frase y he pensado que habría sido mucho mejor para Cuba que fuera al revés, que para producir fueran buenos y que para pelear fueran por lo menos pacíficos. ¡Pero las cosas son así!

Ahora yo les podría hablar un poco de la relación de Pinochet con la idea de producir. Yo calculo, y he calculado siempre, que Pinochet tenía una impresión fundamental: que la economía del pasado, la economía del allendismo, era un desastre. Esta era una idea no tan exclusiva de Pinochet; y que entonces había que hacer exactamente al revés. No es que supo economía, pero le parecía que una política que fuera el reverso de esa otra no estaba mal. Y entonces Pinochet fue bastante astuto para encontrar a un grupo de jóvenes economistas que hicieron exactamente lo contrario de lo que se hacía antes: pararon la inflación, desmantelaron el sistema de protección de la economía, abrieron la economía, etc.

Yo pienso que hay una paradoja muy notable en el relativo éxito de la economía de Pinochet. El éxito de su economía significó el fracaso de Pinochet, porque se llegó en Chile a pensar en un momento determinado en que había un desarrollo económico más o menos interesante, que Pinochet ya no era necesario. Si la economía se desarrollaba, había que sacar este señor que creaba conflicto y que podría asustar a los inversionistas.

Esto funcionó en Chile y de hecho en Chile fue un movimiento de fondo, que se podía notar en la calle, el que sacó a Pinochet. Yo participé en un comité de 14 personas, casi todos políticos pero algunos no lo eran, que se llamaba Comité de Elecciones Libres. Y estaba absolutamente convencido, después de recorrer el país, que el NO a Pinochet iba a ganar y cuando llegaba un periodista español o un norteamericano a hablar conmigo me decían ¡pero tú estás loco, nunca se ha visto que un dictador llame a una elección y que la pierda! Bueno, decía yo, pero Chile es un país un poco extraño, está muy lejos de todo, somos una especie de isla allí en el final del mundo y tenemos a veces cosas un poco raras y yo creo que Pinochet va a tener

que salir a raíz de su plebiscito. Y así ocurrió.

Uno se pregunta en estos personajes que viven de luchar contra un enemigo real o fantasmagórico ¿cuál es esencialmente el enemigo? El enemigo de Fidel está claro y el enemigo de Fidel tiene el problema de ser un enemigo contagioso, porque resulta que se convierte en el enemigo de Hugo Chávez, de Rafael Correa y de Evo Morales. O sea, América Latina tiene una tendencia a crear este gran fantasma enemigo. Es un fantasma que a veces es muy incomprensivo con respecto a los países latinoamericanos que necesitan tener relación interesante del Norte con el Sur en esta parte del mundo. Es un ente que nosotros tendríamos que conocer mejor. Creo que lo que distingue a la opinión latinoamericana en su relación con Estados Unidos es un gran desconocimiento de lo que es ese país y de cómo el poder en ese país está mucho más fragmentado y repartido de lo que nosotros nos imaginamos. O sea, nos cuesta entender que Estados Unidos no es exclusivamente Bush o Nixon o Clinton o Kennedy. Nos cuesta mucho entender el fenómeno real interno de la vida norteamericana. Antes los americanos daban becas para que uno fuera a estudiar el fenómeno en Estados Unidos. Yo estuve en la Universidad Princeton y lo que hice fue estudiar Estados Unidos. Eso hay que repetirlo, porque inmediatamente se adquiere una visión más matizada del fenómeno.

El problema del enemigo de Pinochet, que le ocasionó y que provocó su mal, es que su enemigo desapareció, se derrumbó. Pinochet no podía vivir sin el anti-comunismo. Era su obsesión, su lucha, y repente se derrumba el Muro de Berlín, cae el sistema soviético, queda Fidel Castro por allí solo, los chinos mismos cambian. Cuando yo estaba todavía en la diplomacia y cuando los chinos empezaron a negociar con el nuevo régimen después del golpe de Estado en Chile, se veía que tenían una cierta simpatía. El último embajador de Allende en Pekín iba a visitar con frecuencia al viceministro chino de Relaciones y el viceministro hablaba del héroe popular Salvador Allende. Le decía el gran hermano Salvador y un día le dijo al embajador: "después del sensible fallecimiento del doctor Allende", y cuando lo dijo así, el embajador supo que tenía que irse inmediatamente. Tomó un tren, cruzó Siberia y llegó a París.

Ayer me preguntaba alguien si Chile después de toda esta experiencia, toda esta evolución que estoy describiendo muy rápidamente, si Chile puede ser un modelo para el resto de América Latina. Yo le dije "Mira, yo no creo que Chile puede ser un modelo de nada. Pero pienso que nosotros aprendimos bastante de nuestra experiencia del allendismo y también hemos aprendido mucho de nuestra experiencia de Pinochet. El allendismo nos ha indicado que hay que tener una sensatez frente a los problemas de la economía, que cuando se quiere simplemente hacer voluntarismo se consiguen los resultados inversos en la economía. Y lo de Pinochet nos ha enseñado que hay que ser muy cuidadoso con el tema de los derechos humanos.

El no sólo fue muy brutal en la política interna sino que cometió un error político y de imagen, a mi juicio enorme, cuando llevó el crimen político fuera de la frontera. Llevar el crimen político fuera de la frontera es una cosa de un riesgo y de una audacia y de una brutalidad notable. Lo hizo Stalin con Trotsky, pero resulta que Rusia es un enorme país y Chile es un pequeño país. Nosotros no podíamos darnos ese lujo de asesinar a enemigos del régimen fuera de la frontera.

Creo que ni Allende ni Pinochet sabían ni una palabra de economía, pero Pinochet quizás tuvo mejores asesores.

Les voy a contar una anécdota ya para terminar. Yo estaba en París, era ministro consejero en la embajada chilena con un embajador ausente en realidad, no porque no tuviera criterio diplomático sino porque estaba enfermo, era Pablo Neruda. Entonces a mí me tocaba hacerme cargo de muchas cosas de esa embajada y en una de esas me tocó recibir hacia el final del allendismo al delegado del Fondo Monetario Internacional en Chile. Resulta que el Fondo Monetario Internacional no había escogido a una persona particularmente hostil a Allende, no, era un francés de familia política más bien socialista, amigo de mi tierra, un hombre de buena voluntad, Jacques Barnoir. Él vuelve de Chile, me llama, cenamos juntos por allí y me dice, "Mira, tuve una larguísima conversación con el presidente Allende y le expliqué por qué la inflación lo iba a destruir. Le hablé el caso de la inflación en Indonesia, y él quedó muy asombrado y muy

preocupado. Al final de esta conversación me dijo exactamente lo siguiente: "¿Por qué yo a usted le entiendo todo lo que usted me dice y a los economistas míos no les entiendo nada?" Era bastante trágico. Porque esta es una conversación del mes de julio de 1973 y el golpe de Estado se produjo en septiembre.

Chile es un país que tiene una cierta memoria histórica y que ha utilizado a su memoria histórica en diferentes periodos y en este período ha utilizado con sensatez su memoria de lo que fue el allendismo y su memoria de lo que fue el pinochetismo, para hacer un régimen que puede ser discutible, que tiene toda clase de problemas pero que es un régimen razonable y que está caminando en una senda de bastante desarrollo y bastante progreso del país.